

mas bien se obtuvieron los acostumbrados resultados de la disciplina superior y de la experiencia. Las filas del Inca cedieron por todos lados, y se introdujo en ellas el mas espantoso desorden. Los vencedores persiguieron de cerca á los fugitivos. Huascar mismo entre estos trató de escaparse con unos mil hombres que permanecian alrededor de su persona. Pero el real fugitivo fue descubierto antes que abandonase el campo, su pequeña falange fue envuelta por un número infinito de adversarios, y casi todos los que la componian perecieron defendiendo al Inca. Huascar fue hecho prisionero, y los victoriosos gefes marcharon al instante á su capital, de que tomaron posesion en nombre de su soberano (1).

Estos sucesos ocurrían en la primavera de 1532, pocos meses antes que desembarcasen los españoles. Las noticias de su triunfo y de la prision de su desgraciado hermano, llegaron á oídos de Atahualpa en Caxamalca. Al instante dió orden para que se tratase á Huascar con el respeto debido á su rango, pero que se le trasladase á la gran fortaleza de Xauxa y que fuese estrictamente guardado allí. Pero no terminaron aqui sus órdenes, si hemos de creer lo que dice Garcilasso de la Vega, que era de la raza Inca, y sobrino por parte de madre del gran Huayna Capac.

Segun este autor, Atahualpa invitó á todos los nobles Incas esparcidos por todo el pais, á que se reuniesen en el Cuzco, á fin de deliberar sobre los medios mas oportunos para dividir el imperio entre él y su hermano. Cuando estuvieron reunidos en la capital, los rodeó la soldadesca de Quito, y fueron todos asesinados sin compasion. El objeto de este pódido crimen fue esterminar toda la real familia, cada uno de cuyos individuos podia probar mejor derecho á la corona que el ilegítimo Atahualpa. Pero no paró aqui la matanza. Los hijos ilegítimos como él, hermanos de padre del monstruo, todos en fin los que tenían sangre Inca en las venas, fueron esterminados: y con un apetito sanguinario, sin ejemplo ni aun en los anales del imperio romano ó de la república francesa, hizo matar á todas las mujeres de la familia real, sus tias, sobrinas y primas, y esto con los mas crueles y refinados tormentos. Para aumentar la satisfaccion que le inspiraban las ejecuciones, muchas de ellas se verificaron en presencia del mismo Huascar á quien se obligó así á ser testigo del asesinato de sus propias mujeres y hermanas, que en su dolor y en su agonía le suplicaban en vano que las protegiese (2).

Esto es á lo que se refiere el historiador de los Incas, fiado, segun nos asegura, en lo que le contaron su madre y su tío, quienes siendo niños en aquella época, tuvieron la dicha de hallarse entre los pocos que se libraron de la matanza general de su familia (3); y tal es la relacion que han repetido poste-

(1) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXVII. — Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo IX. — Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202. — Zárate, Conquista del Perú, lib. I, cap. XII. — Sarmiento, Relacion, MS., cap. CXX. — Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XXXV — XXXIX.

(3) «A las mujeres, hermanas, tias, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: á unas colgaron de los cabellos, á otras por debajo de los brazos, y á otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caían y aporreaban.» (Ibid., cap. XXXVII.) Esta variedad en torturas indica invencion en el autor, ó mas probablemente en su tío, el Inca viejo, que le referiría sin duda estas carnicerías dignas de Barba-azul.

(3) «Las crueldades que Atahualpa en los de la sangre real hizo, diré de relacion de mi madre, y de un hermano suyo, que se llamó don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de diez años.» Ibid., parte I, lib. IX, cap. XIV.

riormente muchos escritores castellanos sin vacilar en lo mas mínimo. Pero un tejido de atrocidades de esta especie sin provocacion por parte de las víctimas, es demasiado repugnante á los principios de la naturaleza humana, y hasta al sentido comun, para que les demos crédito sin mas seguridad que el dicho de Garcilasso.

Los anales de las naciones semi-civilizadas prueban por desgracia que mas de una vez se ha tratado de esterminar por estos medios una raza odiada, que habia escitado los celos de un tirano; aunque semejante tentativa es tan quimérica casi como lo seria la de esterpar alguna planta particular, cuyas semillas han sido trasportadas á todos los rincones del pais en alas del viento. Pero si realmente trató Atahualpa de esterminar la raza Inca, ¿cómo es que el mismo historiador confiesa que setenta años despues de la supuesta matanza existian cerca de seiscientos descendientes de la raza pura por cuyas venas corria la sangre real (4)? ¿Por qué esta matanza, en lugar de ceñirse á las ramas legítimas del tronco real, que tenían mas derechos á la corona que el usurpador, se estendió á todos los que estuviesen enlazados con él, aun en el grado mas remoto? ¿Por qué incluyó á las ancianas y á las doncellas, y por qué se las sometió á tormentos tan refinados y superfluos, cuando es evidente que unos seres tan impotentes nada podrian hacer que escitasen los celos del tirano? ¿Por qué, cuando se sacrificaron tantos á una vaga aprension de riesgo futuro, se dejó vivir á su rival Huascar y á su hermano menor Manco Capac, los dos hombres de quienes mas tenia que temer el vencedor? ¿Por qué en fin, ninguno de los que escribieron medio siglo antes que Garcilasso refieren sucesos semejante (5)?

Que Atahualpa cometiese escesos, y abusase de los derechos de la conquista por medio de algunos actos gratuitos de crueldad, es fácil de creer, porque ninguno que recuerde la conducta que observó en Cañaris, que sus apologistas mismos no niegan (6), podrá dudar que tenia su parte completa de aquel espíritu vengativo que pertenece á

Esos hijos del Sol, almas de fuego,
Para quienes virtud es la venganza.

Pero hay una gran diferencia entre estos y las atrocidades monstruosas y sin provocacion que se le imputan, y que indicarian una naturaleza diabólica, que no podemos aceptar bajo la palabra de un hombre de partido indio, enemigo mortal de su familia, y cuya relacion ha sido repetida por algunos cronistas españoles, quienes exagerando naturalmente las atrocidades de Atahualpa, tratan de paliar algun tanto la conducta cruel que con él observaron sus compatriotas europeos.

(4) Esto resulta de una peticion en que solicitaban ciertas inmunidades, remitida á España en 1605, y firmada por quinientos sesenta y siete indios de la raza real de los Incas. (Ibid., parte III, lib. IX, cap. XI.) Oviedo dice que Huayna Capac dejó cien hijos é hijas, y que la mayor parte de ellos vivian aun cuando él escribia. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IX.

(5) En vano he buscado alguna confirmacion de este cuento en Oviedo, Sarmiento, Xerez, Cieza de Leon, Zárate Pedro Pizarro, Gomara, que todos vivian en aquella época, y tenían á su disposición todos los medios posibles de averiguar la verdad; y todos, debemos añadir, estaban dispuestos á hacer severa justicia á las malas propensiones del monarca indio.

(6) Ninguno de los apologistas de Atahualpa se atrevió á tanto como el padre Velasco, que en el entusiasmo de su lealtad póstuma al monarca de Quito, llega á considerar la matanza de los Cañaris como un castigo muy justo de sus delitos. «Si los autores de que acabo de hablar se hubieran visto en las mismas circunstancias de Atahualpa, y hubieran sufrido tantas ofensas y traiciones, no creo que hubieran obrado de otra manera.» Hist. de Quito, tomo I, pág. 255.

La noticia de la gran victoria llegó muy pronto á Caxamalca; y grande y ruidosa fue la alegría que produjo, no solo en el campamento de Atahualpa sino en la ciudad y en sus alrededores; porque todos acudian ahora á porfia á congratular al vencedor y á prestarle homenaje. El príncipe de Quito no vaciló en tomar la borla encarnada, diadema de los Incas. Su triunfo era completo. Habia vencido á sus enemigos en su propio territorio; se habia apoderado de su capital; habia humillado á su rival, y conquistado el antiguo cetro de los hijos del Sol. Pero la hora de su triunfo estaba destinada á ser la de su mayor humillacion. Atahualpa no tenia el don de profeta, y no habia leído lo que estaba escrito en el cielo. El pequeño punto que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en los remotos límites del horizonte, aunque poco visible para Atahualpa, que estaba empeñado en una lucha mortal con su hermano, se habia levantado ya hasta el zenit, estendiéndose mas y mas hasta que envolvió en su oscuridad á todo el firmamento, y preparándose á estallar en truenos y relámpagos sobre la desgraciada nacion.

CAPITULO III.

Los españoles desembarcan en Tumbes.—Pizarro reconoce el pais.—Fundacion de San Miguel.—Marcha á lo interior.—Embajada del Inca.—Aventuras del viaje.—Llegada al pie de los Andes.

1532.

DEJAMOS á los españoles en la isla de Puná, preparándose á desembarcar en el vecino continente por parte de Tumbes. Este puerto estaba á pocas leguas de distancia, y Pizarro, con la mayor parte de los suyos, hizo la travesía en sus bosques, mientras que algunos pocos se quedaron detras para trasportar los equipajes del gefe y los pertrechos militares en algunas de las balsas de los indios. Una de estas embarcaciones que primero tocó en tierra, fue rodeada por los indígenas, y tres personas que en ella se hallaban fueron arrebatadas á los vecinos bosques y asesinadas allí. Los indios se apoderaron en seguida de otra de las balsas que contenia el equipaje personal de Pizarro; pero como los hombres que la defendian pedian á gritos socorro, llegaron estos á oídos de Hernando Pizarro, que con unos cuantos ginetes habia desembarcado cerca de aquel punto. Entre el lugar donde este se hallaba y aquel en que estaba la partida atacada tan vigorosamente por los indios, mediaba un ancho trozo de tierra pantanosa. La marea estaba baja, y el fondo era blando y peligroso. Pero olvidándose de todos los peligros, el valiente caballero metió espuelas á su caballo, y penetrando con los suyos en la fangosa profundidad, con el fango hasta las sillas, echaron á correr, hasta que cayeron en medio de los enemigos, que aterrados por la estraña aparicion de los ginetes, huyeron con precipitacion y sin la mas leve resistencia á los bosques.

No es fácil explicar esta conducta por parte de los naturales de Tumbes, considerando las amistosas relaciones que tuvieron con los españoles en su visita anterior, renovadas posteriormente en la Puná. Pero mayor fue el asombro de Pizarro cuando al entrar en la ciudad la encontró no solamente desierta, sino, con la excepcion de unos pocos edificios, enteramente destruida. Cuatro ó cinco de las casas particulares mas fuertes, el gran templo y la fortaleza, y estas muy deterioradas y sin vestigios de sus adornos interiores, era lo único que existia para indicar el punto donde la ciudad estuvo, y para dar testimonio de su antiguo esplendor (1). Esta lúgubre escena llenó de

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 185.

desaliento á los conquistadores; porque hasta los nuevos reclutas, que jamas habian estado en esta costa, habian oído referir los cuentos maravillosos de los tesoros de Tumbes, y abrigaban la seguridad de encontrar aqui ricos despojos que los recompensasen de sus fatigas. Pero el oro del Perú se asemejaba á un fantasma engañoso, que despues de hacerse seguir por los conquistadores al traves de trabajos y padecimientos, desaparecia en cuanto estos querian abrazarlo.

Pizarro despachó una corta partida en persecucion de los fugitivos; y despues de algunas ligeras escaramuzas se apoderó esta de algunos de los naturales, entre los cuales la casualidad quiso que se hallase el curaca del lugar. Traído ante la presencia de Pizarro, negó haber tenido participacion alguna en las hostilidades que habian sufrido los blancos, atribuyéndolas á una fraccion rebelde de su pueblo, y manifestando sus deseos de entregar á los criminales á la justicia de los conquistadores si podian ser habidos. Esplicó el desmantelamiento de la ciudad por las largas guerras que habia tenido con las tribus feroces de Puná, que al fin habian logrado apoderarse de ella, obligando á los habitantes á refugiarse en los bosques y montañas. El Inca, cuya causa defendian, estaba demasiado ocupado con sus propias guerras para defenderlos de sus enemigos.

No sabemos si Pizarro creyó lo que el cacique dijo en su defensa. Sin embargo, disimuló sus sospechas, y como el señor indio prometió obediencia en su nombre y en el de sus vasallos, el general español consintió en que no se volviese á hablar de este negocio. Parece que en esta ocasion conoció por vez primera la necesidad de atraerse el amor del pueblo en cuyo territorio habia penetrado á pesar de la inmensa desproporcion numérica. Quizas los escesos que habian cometido los españoles en los primeros pasos de la expedicion, fueron causa de que perdiese el pueblo de Tumbes la confianza que tenia en ellos, y lo que les incitó á estas traidoras represalias.

Pizarro preguntó á los naturales que ahora, bajo promesa de impunidad, venian al campamento, qué habia sido de los dos españoles que entre ellos dejó en su expedicion primera. Las repuestas que le dieron fueron oscuras y contradictorias. Algunos decian que habian muerto de una enfermedad epidémica; otros que habian perecido en la guerra con los de la Puná; y otros por fin indicaron que habian perdido la vida de resultas de un ultraje hecho á las mujeres indias. Fue imposible averiguar la verdad; pero lo último no era lo menos probable. Sin embargo, sea cual fuere la causa, lo cierto es que habian perecido.

Esta noticia aumentó el desaliento de los españoles, que no pudo disiparse ni con las brillantes pinturas que les hicieron los indígenas de la riqueza del pais, y del esplendor y magnificencia del soberano en su remota capital mas allá de las montañas. Ni fue posible convencerlos de la autenticidad de un pedazo de papel escrito que entregó á Pizarro un indio á quien se lo habia dado uno de los dos españoles que se quedaron en el pais. «Sea quien fuere, decia el escrito, el que desembarque en este pais, sepa que contiene mas plata y oro que hierro hay en Vizcaya.» Cuando se enseñó este papel á los soldados, dió pábulo á sus burlas solamente, porque creyeron que era una ingeniosa invencion de su capitán destinada á alimentar el fuego de sus esperanzas quiméricas (2).

«Aunque lo del templo del Sol en que ellos adoran era cosa de ver, porque tenían grandes edificios, y todo el por dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores, porque los hay en aquella tierra.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) En cuanto á todo lo ocurrido en Tumbes, véase Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.—Relacion

Pizarro vió ahora que no convenia á sus planes permanecer mas tiempo en este lugar, en que el ocio fomentaria el descontento en sus filas, á menos que no se estimulasen los ánimos con la novedad ó con una vida de actividad incesante. Sin embargo, deseaba adquirir noticias mas positivas que las que habia recogido hasta entonces sobre la condicion actual del imperio peruano, sobre sus fuerzas y recursos, sobre el monarca que reinaba en él, y sobre la presente situacion de este. Tambien deseaba, antes de adoptar medida decisiva alguna para penetrar en el pais, encontrar algun lugar oportuno para fundar una colonia, que le proporcionase un medio para sostener relaciones constantes con Panamá, y un lugar seguro á que él mismo pudiera retirarse en caso de derrota.

Resolvio, pues, dejar parte de sus fuerzas en Tumbes, incluyendo á los que por el estado de su salud eran menos aptos para soportar las fatigas de la campaña, y con el resto hacer una escursión á lo interior y reconocer el pais antes de formar su plan de operaciones. Salió con este fin á principios de mayo de 1532, y caminando él por la region mas llana, envió al mismo tiempo un corto destacamento á las órdenes de Hernando de Soto á explotar las faldas de la vasta sierra.

Conservó durante toda esta marcha una disciplina severa, mandando á sus soldados que se abstuviesen de toda agresion, y castigando la desobediencia de la manera mas rápida y vigorosa (1). Los indígenas pocas veces hacian resistencia. Cuando lo intentaban, pronto se les sometia, y Pizarro lejos de adoptar medidas vengativas, aceptaba gustoso las primeras demostraciones de la sumision. Con esta política liberal y tolerante, pronto adquirió entre los habitantes fama que borró la impresion desagradable producida por las primeras operaciones de la expedicion. Al atravesar los poblados caseríos que cubrian la region llana que media entre la cordillera del Océano, los indígenas lo recibian con rústica hospitalidad, y proporcionaban á sus tropas buenos alojamientos y provisiones abundantes, que costaban poco en el profífico suelo de la tierra caliente. Por todas partes hacia proclamar Pizarro que venia en nombre del santo vicario de Dios y del soberano de España, exigiendo la obediencia de los habitantes para convertirse en verdaderos hijos de la Iglesia, y en vasallos de su amo y señor. Y como el pueblo sencillo no se oponia en lo mas mínimo á una fórmula de que no comprendian una sola sílaba, se les reconocia como fieles súbditos de la corona de Castilla, y se consignaba su sumision, ó lo que fácilmente se consideraba como tal, con todos los requisitos legales (2).

Despues de invertir tres ó cuatro semanas en reconocer el pais, Pizarro creyó que el punto mas conveniente para establecer su nueva colonia, era el rico valle de Tangarala, á treinta leguas al Sur de Tumbes,

del primer descub., MS.—Herrera, His general, dec. IV, lib. IX, cap. II.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 185.

(1) «Mandó el gobernador por pregon é so graves penas que no les fuese hecha fuerza ni descortesia, é que se les hiciese muy bien tratamiento por los españoles é sus criados.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo II.

(2) «E mandábalas notificar ó dar á entender con los lenguas el requerimiento que Su Magestad mandaba que se les haga á los indios para traerlos en conocimiento de nuestra santa fé católica, y requiriéndoles con la paz, é que obedezcan á la Iglesia apostólica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á Su Magestad é á los reyes sus sucesores en los reynos de Castilla y de Leon; respondieron que así lo querian é harian, guardarian é cumplirian enteramente: é el gobernador los recibió por tales vasallos de Sus Magestades por auto público de notarios.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

cruzado por mas de una corriente que abre comunicacion con el Océano. A este punto mandó pues que fuera por mar la gente que en Tumbes habia dejado; y en cuanto llegó, empezaron á hacerse preparativos sumamente activos para edificar la ciudad de una manera conveniente á las necesidades de la colonia. Procuróse madera de los próximos bosques. Sacáronse piedras de las canteras, y poco á poco se vieron crecer los edificios, algunos de los cuales, si no aspiraban á la elegancia, eran cuando menos sólidos. Entre otros se construyó una iglesia, un almacén para los efectos públicos, una sala de justicia, y una fortaleza. Organizóse un ayuntamiento, que consistia, de regidores, alcaldes y los acostumbrados empleados municipales. Repartióse el territorio adyacente entre los pobladores, y á cada colono se le señaló cierto número de indígenas para que lo ayudasen en sus trabajos; porque como dice el secretario de Pizarro, los vecinos, sin ayuda y servicios de los naturales, no se podian sostener, ni poblarse el pueblo... A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales, que les pareció conveñir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el gobernador depositó los caciques é indios en los vecinos de este pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fé, conforme á los mandamientos de Su Magestad (3).

Habiendo adoptado todas estas disposiciones con tan benévola solicitud por el bien estar de los que aun yacian en las tinieblas del paganismo, Pizarro dió á su ciudad naciente el nombre de San Miguel, en reconocimiento del singular servicio que le habia hecho ese santo en sus batallas con los indios de la Puná. Posteriormente se descubrió que era tan malsano el punto que se habia escogido para fundar la ciudad, que se abandonó por otro mas saludable en las márgenes del hermoso Piura. Esta ciudad conserva aun alguna importancia por sus manufacturas, aunque está muy decaída de su antiguo esplendor; pero el nombre de San Miguel de Piura que lleva, recuerda aun la fundacion de la primera colonia europea en el imperio de los Incas.

Antes de abandonar la nueva colonia para emprender su expedicion, mandó Pizarro fundir todos los adornos de oro y plata que habia recogido en diferentes puntos del pais; formando de todo ello una masa, de la cual se dedujo la quinta parte para la corona. El resto pertenecia á las tropas, pero él las convenia que debian abandonarlas por ahora, prometiendo que se lo indemnizarian con los primeros despojos que cayesen en sus manos (4). Con estos fondos y otros objetos recogidos en el curso de la campaña, volvió á enviar sus buques á Panamá. El oro se aplicó al pago de los propietarios de los buques y de los que habian provisto de víveres á la expedicion. El haber persuadido tan fácilmente á su gente á que abandonase la posesion presente por las contingencias futuras, prueba que el espíritu de empresa habia vuelto á retoñar entre los aventureros, y que volvian á confiar plenamente en los resultados.

En su última marcha, el comandante español habia recogido datos muy importantes sobre el estado del reino. Habia sabido el éxito á la lucha entre los hermanos Incas, y que el vencedor se encontraba por entonces acampado con su ejército á la distancia tan

(3) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 187.

Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. y Pob. del Perú, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. LV.—Relacion del primer descub., MS.

(4) «E sacado el quinto para Su Magestad, lo restante que perteneció al ejército de la conquista, el gobernador lo tomó prestado de los compañeros para se lo pagar del primero oro que se hobiere.» Oviedo, Hist. de las Indias, MS, parte III, libro VIII, cap. II.

solo de diez ó doce dias de marcha de San Miguel. Lo que se le refirió de la opulencia y poder de aquel monarca y de su gran capital del Sur, correspondia perfectamente con los rumores que antes se habian recibido; y contenia por tanto una parte que hacia vacilar la confianza de los invasores, y otra que estimulaba su sed de oro.

Pizarro hubiera visto con gusto llegar un refuerzo para su pequeño ejército, por pequeño que fuese; y por esta razon retardó su expedicion durante varias semanas. Pero no llegaba refuerzo alguno; y como no recibia noticia de sus socios, creyó que mayor dilacion seria probablemente mas peligrosa que cualquier riesgo que pudiese encontrar en su marcha, que la inaccion enjendraria el descontento, y que la fuerza y el espíritu del soldado se agotarían bajo la influencia enervadora de un clima de los trópicos. Sin embargo la fuerza que mandaba, y que en todo subia á menos de doscientos hombres, despues de dejar cincuenta para guarnicion de la nueva colonia, parecia demasiado insignificante para la conquista de un imperio. Verdad es que bien hubiera podido, en lugar de marchar contra el Inca, dirigirse hácia el Sur á la rica capital del Cuzco. Pero esto no hubiera sido mas que retardar algun tanto el momento decisivo. Porque ¿en qué punto del imperio podia esperar poner el pie, sin que en él lo alcanzase el brazo de su dueño? Con semejante conducta, ademas hubiera probado que no confiaba en sí mismo. Hubiera desvirtuado esa creencia en su valor invencible que hasta entonces habia tratado de infundir en los naturales, y que era uno de los grandes resortes secretos de su poder, poder que sometia mas enérgicamente á la opinion que el simple espectáculo del número y la aplicacion de la fuerza física. Y lo peor de todo seria que semejante conducta hubiera disminuido la confianza que en él y en sí mismas tenian sus tropas. Esto hubiera sido paralizar el brazo derecho de la empresa, y no se debia pensar en ello.

Pero al paso que Pizarro habia resuelto marchar hácia lo interior, es dudoso que tuviese un plan bien combinado y definitivo de operaciones. En esta época tan remota de la suya, no tenemos datos para averiguar sus intenciones, á no ser los que se deducen de sus hechos. Por desgracia no sabia escribir, y no ha dejado historia alguna que nos dé luz en cuanto á sus motivos, como los inapreciables comentarios de Cortés. Su secretario y algunos de sus compañeros de armas, han referido sus hazañas como pormenores; pero no tenian medios de descubrir los motivos que lo conducian á ellas.

Es posible que el general español, aun desde los primeros dias de su residencia en San Miguel, meditase algun golpe de mano atrevido y ventajoso, que, como el de Cortés cuando se llevó á su cuartel al monarca Azteca, llenase de terror al pueblo, é inclinase de una vez la balanza en su favor. Sin embargo mas probable es que por ahora solo pensase presentarse al Inca, como representante pacífico de otro monarca, y desarmar por medio de estas demostraciones amistosas cualquier sentimiento de hostilidad y aun de sospecha. Hallándose una vez en contacto con el príncipe indio, las circunstancias servirían de norma á su conducta.

El 24 de setiembre de 1532, cinco meses despues de haber desembarcado en Tumbes, Pizarro salió al frente de su pequeña falange de aventureros por las puertas de San Miguel, habiendo dejado mandado á los colonos que tratasen á sus vasallos indios con humanidad, y que se portasen de modo que se atrajesen la buena voluntad de las vecinas tribus. Su propia existencia, y con ella la seguridad del ejército y el buen éxito de la empresa, de esto dependia. En San Miguel debian quedarse el tesorero real, el veedor, y otros oficiales de la corona; y el mando de la guarni-

cion se confió al contador Antonio Navarro (1). Poniéndose en seguida al frente de sus tropas, penetró audazmente en el corazon del pais, en la direccion que lo habia de conducir, segun le habian dicho, al campamento del Inca. Atrevida empresa era por cierto aventurarse así con un puñado de combatientes á penetrar en el corazon de un poderoso imperio, presentarse cara á cara ante el monarca peruano en su campamento mismo, rodeado por la flor de su ejército victorioso. Pizarro habia experimentado ya mas de una vez cuán difícil era contrarestar las tribus salvajes del Norte, tan inferiores en número y fuerza á las legiones disciplinadas del Perú. Pero lo peligroso del juego, lo imprevisible de los resultados, eran, como repetidas veces lo he observado, las circunstancias que constituían la mayor parte de su mérito á los ojos del español. Las brillantes hazañas de sus compatriotas en circunstancias análogas, con tan escasos medios, le inspiraban confianza en su buena estrella, y esta confianza era ya una gran garantía de buen éxito. Si hubiera vacilado un solo instante; si se hubiera detenido á calcular las probabilidades, hubiera perdido su causa irremisiblemente; porque la desproporcion era demasiado gigantesca para luchar con ella racionalmente. Lo único que la podia vencer era el espíritu caballeresco.

Despues de cruzar las mansas aguas del Piura, el pequeño ejército siguió marchando por una region llana, cortada de cuando en cuando por arroyos que bajaban de la cordillera. El pais estaba cubierto en parte por bosques compuestos por árboles gigantes, y atravesado en otras por cadenas de montecillos estériles que parecian como las raices de los Andes, y que dividian á esta region en valles retirados, de singular hermosura. El suelo, aunque pocas veces lo regaba el agua de las nubes, era naturalmente rico y donde quiera que habia humedad, como en las márgenes de los arroyos, estaba esmaltado con el verde mas brillante. Ademas, la industria de los habitantes habia sacado el mayor partido posible de estos arroyos, y veíanse en todas direcciones los canales y acueductos que cruzaban la parte baja, como una inmensa red, y que esparcian por todas partes la fertilidad y la hermosura. Luendaban el aire los olores mas gratos, que despedian las flores, y por todas partes se deleitaba la vista con el espectáculo de huertas, llenas de árboles frutales desconocidos y de campos cubiertos de amarillo grano y de ricos vegetales de toda especie que abundan en los ardientes climas del Ecuador. Los españoles se encontraban en medio de una nacion que habia perfeccionado la agricultura hasta un punto muy superior á todo lo que hasta entonces se habia visto en el continente americano; y al atravesar este paraíso de abundancia, su condicion formaba un agradable contraste con lo que antes habian sufrido en la triste soledad de los bosques.

Por todas partes tambien fueron recibidos con hospitalidad y confianza por los sencillos habitantes; lo que sin duda debian en gran parte á su inofensiva conducta. Cada español parecia saber perfectamente que su única esperanza de triunfo consistia en conciliarse la buena opinion de los habitantes, entre los cuales se habian lanzado con tan poca reflexion. En casi todos los pueblos, y toda ciudad algo grande, siempre encontraban alguna fortaleza ó posada real destinada para los viajes del Inca, cuyos amplios salones ofrecian alojamiento sobrado para las tropas, á espensas del mismo gobierno que iban á derribar (2).

Al quinto dia despues de haber salido de San Mi-

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, p. 187.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. X.

(2) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IV.—Nabarro, Relacion sumaria, MS.—Conq. y Poblacion del Perú, MS.—Relacion de primer descubrimiento, MS.